



Gustavo Martínez Sierra (1973–2026).

Sembrar preguntas, acompañar caminos

In memoriam

Rosa María Farfán Márquez

Centro de Investigación y de Estudios Avanzados, México  

Marcela Ferrari Escolá

Universidad Autónoma de Guerrero, México  

Yuridia Arellano García

Universidad Autónoma de Guerrero, México  

Cómo citar:

Farfán Márquez, R. M., Ferrari Escolá, M. y Arellano García, Y. (2026). Gustavo Martínez Sierra (1973-2026). Sembrar preguntas, acompañar caminos. *Revista Latinoamericana de Investigación en Matemática Educativa*, 29, e863. <https://doi.org/10.12802/relime.2026.29.e863>

Escribir sobre Gustavo Martínez Sierra exige reconocer, desde el inicio, que su legado no puede reducirse a una sola voz ni a una enumeración de logros. Su presencia se entreteje en la formación, la colaboración académica y el acompañamiento humano que ofreció a quienes compartimos con él distintos momentos de su vida intelectual. Con profunda consternación y gratitud, este homenaje reúne tres miradas —la de una formadora, la de una compañera de estudios y colega, y la de una estudiante que llegó a ser colega— para aproximarnos, sin pretensión de exhaustividad, a las huellas indelebles que dejó en la matemática educativa y en nuestras propias trayectorias. En ellas se reconocen el rigor del investigador, la generosidad del maestro y la calidez de quien supo hacer de la vida académica una forma de encuentro.

Cada una de nosotras se encontró con Gustavo en una etapa distinta de su trayectoria como investigador. La doctora Rosa María Farfán Márquez lo acompañó e impulsó en sus primeros pasos en la investigación, como asesora de sus tesis de maestría en el Cinvestav y de doctorado en el CICATA, ambos centros del Instituto Politécnico Nacional. La doctora Marcela Ferrari Escolá compartió con él los estudios de maestría y, más tarde, la vida académica en la Facultad de Matemáticas de la Universidad Autónoma de Guerrero. La doctora Yuridia Arellano García fue una de sus estudiantes entusiastas y hoy es una investigadora reconocida. Así, las tres voces trazan un arco formativo y afectivo: la maestra que lo acompañó en sus inicios, la colega que compartió con él una vida académica y la estudiante que continuó su legado. En conjunto, componen el retrato de una figura entrañable y fecunda, cuya obra, generosidad y compromiso formativo siguen vivos en nuestra comunidad.

Las páginas que siguen no están organizadas como una cronología exhaustiva, sino como un recorrido coral. Cada testimonio recupera una zona distinta de la vida de Gustavo: su formación como investigador, su trabajo entre colegas y su impulso a nuevas generaciones. Leídas en conjunto, estas voces permiten reconocer la continuidad entre su pensamiento académico, su entrega cotidiana y su compromiso con la comunidad; también revelan que, en su caso, investigar fue siempre una manera de preguntar con otros, de formar con paciencia y de construir una herencia compartida.

Desde ese marco coral, la primera voz vuelve al inicio de su trayectoria como investigador y recupera el momento en que comenzó a perfilar algunas de las preguntas que marcarían su aporte a la matemática educativa.



La mirada de la formadora

Conocí a Gustavo en 1997, cuando ingresó al programa de maestría en Matemática Educativa del Cinvestav-IPN. Egresado destacado de la Escuela Superior de Física y Matemáticas del IPN, se distinguía por su deseo inagotable de aprender, su lectura atenta, su mirada crítica y una disciplina constante. Buscaba experiencias que ampliaran su formación y poseía una cualidad esencial en los científicos sobresalientes: la humildad para reconocer lo que aún ignoraba. Tenía, además, la confianza necesaria para mostrar sus dudas y vulnerabilidades; esa apertura resultó invaluable para mi labor formadora, pues me permitía advertir con claridad los aspectos que era necesario fortalecer y acompañar, de mejor manera, el crecimiento de su talento.

Con esas cualidades, Gustavo fue capaz no solo de abordar un problema original, sino también de identificar una clase de objetos matemáticos que docentes y profesionales no siempre reconocen. Estos objetos no corresponden estrictamente a axiomas ni a teoremas; sin embargo, al hacerlos visibles, abrió nuevas posibilidades de análisis para la matemática educativa.

Su revisión exhaustiva le permitió advertir que, en muchas explicaciones escolares de la igualdad $2^0 = 1$, se utiliza precisamente aquello que se busca justificar. Lejos de aceptar una respuesta trivial, Gustavo se planteó preguntas de fondo: por qué se intenta demostrar esta igualdad, desde cuándo aparece en los textos, quiénes la enunciaron por primera vez y con qué propósito.

De su estudio epistemológico se desprende que la igualdad no es demostrable en sentido estricto ni constituye un axioma. Es, más bien, una convención que conserva la validez de las leyes de los exponentes y da coherencia lógica al sistema. Gustavo llamó «convenciones matemáticas» a este tipo de objetos. Un caso semejante es la igualdad $0! = 1$, junto con otras relaciones que suelen pasar inadvertidas como convenciones y que, por ello, rara vez se abordan explícitamente en la enseñanza.

Por esta razón, no resulta extraño que el estudiantado responda con frecuencia de manera literal, apoyándose en la definición escolar de potencia: multiplicar la base por sí misma cierto número de veces. Al no atribuirse un sentido reflexivo a la igualdad trabajada, el aprendizaje queda reducido habitualmente a la memorización, sin una comprensión genuina de su significado.

Desde esta perspectiva, el siguiente paso consistió en diseñar situaciones didácticas que permitieran al estudiantado atribuir un significado profundo a estas igualdades. Para ello, dichas situaciones debían considerar las condiciones particulares de los escolares y, al



mismo tiempo, atender la naturaleza de las convenciones matemáticas. Esta tarea fue ampliamente difundida por Gustavo en artículos publicados en revistas especializadas (Martínez-Sierra, 2005) y en diversos materiales escolares.

Junto con esa contribución académica, quiero destacar su profunda calidad humana, inseparable de su manera de formar y colaborar. En Gustavo, la exigencia intelectual nunca estuvo desligada del cuidado por los otros. Fue siempre afable, bondadoso, protector, comprometido y perfeccionista. Recibí de él un respeto y un apoyo generosos, casi incondicionales; basta recordar, como ejemplo, su invaluable labor como editor de la *Relime* en sus primeros años. También estuvo presente con una cercanía entrañable, como la de un hijo. Ese vínculo permanece en mi memoria a través de un recuerdo especialmente significativo: cuando supo que yo realizaría una estancia sabática en la Universidad Autónoma de Guerrero —donde él se desempeñaba como investigador—, me hospedó en su casa y acondicionó con esmero una habitación para recibirme.

Durante esa convivencia, pude observar que muchos rasgos de su vida académica también permeaban su vida cotidiana. Su perfeccionismo aparecía incluso en tareas simples: al preparar un guiso, si el resultado no correspondía con lo que esperaba, prefería comenzar de nuevo. Esa misma atención al detalle convivía con una sensibilidad profunda. Me hizo partícipe, junto con su compañera Paty, de la espera y el nacimiento de su hija Paulina, compartiendo conmigo la emoción, el cariño y el compromiso de una paternidad profundamente anhelada.

La ausencia de Gustavo duele hondamente, pero su presencia permanece viva en todo lo que sembró: en las preguntas que nos enseñó a mirar con profundidad, en la dedicación con que orientó a quienes aprendimos con él y en el cariño entrañable que dejó en nuestras vidas. Lo despedimos con tristeza, pero también con inmensa gratitud. Quienes tuvimos el privilegio de caminar a su lado sabemos que no se va del todo: sigue viviendo en la memoria, en el afecto y en cada gesto de quienes continuaremos honrando su legado.

Esa forma de unir exigencia intelectual y cuidado humano no se limitó a la relación entre formadora y estudiante. También atravesó sus vínculos con colegas y compañeros de generación, como muestra la voz que sigue.

La voz de una compañera de estudios y colega

Como compañera de estudios, conocí a Gustavo como un matemático que se adentraba, con entusiasmo y rigor, en herramientas teóricas y metodológicas para comprender tanto el aprendizaje de las matemáticas como las formas de acompañarlo desde la enseñanza. Él



cursaba el segundo semestre de la maestría y ya se desenvolvía como líder de nuestro grupo; yo, extranjera recién llegada de Argentina, me esforzaba por responder a las exigencias del posgrado. Su amabilidad, su apertura y su pasión por la investigación dieron lugar, muy pronto, a una amistad académica que marcó profundamente mi formación.

Nuestro primer desafío común fue explorar la construcción de objetos matemáticos que más tarde se vincularían con su trabajo sobre convenciones matemáticas. El doctor Javier Lezama había diseñado esa línea de exploración a partir de ideas geométricas primigenias de Descartes, en conjunto con sus compañeros. A partir de esa experiencia comenzamos a recorrer las distintas etapas de una investigación: profundizar en nuestros saberes matemáticos, diseñar tareas, organizar la toma de datos y analizarlos con cuidado.

Aquellas jornadas nos enseñaron a disfrutar la discusión, los desacuerdos y los consensos, y nos impulsaron a participar por primera vez, con un cartel, en un evento internacional. De esas exploraciones surgieron sus tesis de maestría y doctorado, así como sus primeros artículos sobre la construcción de una convención matemática. En esos años, Gustavo solía interpelarnos con una pregunta detonadora —«¿A qué es igual 2^0 ? ¿Por qué?»—, punto de partida de una problemática que decidió estudiar desde una perspectiva epistemológica, mediante el análisis de fuentes originales y libros de texto de distintas épocas.

Su interés por la escritura científica creció junto con su preocupación por desarrollar habilidades comunicativas. Siendo aún estudiante de maestría en el Cinvestav, nos convocó a participar en *La Media Página*, una revista estudiantil quincenal en la que publicábamos reacciones a las presentaciones del *Seminario de los Jueves* o reflexiones sobre temas de interés. Con ello buscaba promover en nuestra generación la escritura de ensayos breves, la lectura crítica y el intercambio respetuoso entre pares, de modo que pudiéramos avanzar colectivamente en nuestras competencias de redacción.

En su afán por aprender el oficio de la edición científica, Gustavo se involucró desde muy joven en el Consejo Técnico de la *Revista Latinoamericana de Investigación en Matemática Educativa (Relime)*. Desde ese espacio dio un impulso decisivo a la consolidación de la revista —hoy indizada en importantes acervos internacionales— y contribuyó a que se publicaran los tres números correspondientes al año 2000, una meta editorial que desde entonces se ha sostenido con rigor.

Años después, esa misma vocación por la escritura, la edición y la vida colectiva de la disciplina se expresó en responsabilidades de mayor alcance. Gustavo se convirtió en un miembro activo y fundamental del Comité de Redacción de *Relime*, colaboración que mantuvo de manera ininterrumpida hasta su partida. También presidió el Comité



Latinoamericano de Matemática Educativa (Clame) durante el periodo 2004–2008, desde donde coordinó esfuerzos e impulsó la identidad de la disciplina en la región mediante la Reunión Latinoamericana de Matemática Educativa (Relme). Además, fungió como editor del *Acta Latinoamericana de Matemática Educativa*, vol. 19 (Martínez-Sierra, 2006).

Como colegas, coincidimos en múltiples tareas: dirigimos tesis doctorales en conjunto, compartimos seminarios para incentivar a los estudiantes —y a nosotros mismos— a escribir artículos, discutimos constructos teóricos y triangulamos análisis de datos. Gustavo propiciaba siempre un ambiente cordial y ameno, sin renunciar a la exigencia rigurosa. Sin proponérselo, se convertía en un centro de atracción académica: a veces girábamos a su alrededor con una armonía casi perfecta; otras, nos sacudíamos, recuperábamos el equilibrio y seguíamos adelante.

Esa capacidad para convocar y sostener el trabajo colectivo se expresó también en la formación doctoral. Como coordinador del Programa de Doctorado de nuestra Facultad, Gustavo nos invitó a la doctora Flor Monserrat Rodríguez Vásquez y a mí a coordinar, junto con él, un Coloquio de Investigación en el que los estudiantes presentaban avances de artículos derivados de sus tesis. Esa decisión transformó desde sus cimientos nuestra visión sobre la formación de nuevos doctores.

Su pasión por divulgar el conocimiento lo llevó a publicar en algunas de las revistas más prestigiosas de nuestra disciplina. Fue él quien me animó a publicar en inglés en coautoría (Ferrari-Escolá et al., 2016), una posibilidad que inicialmente no formaba parte de las trayectorias que yo imaginaba para mí, «pequeña perdiz», pero que él concebía como parte natural del vuelo académico «del halcón ávido»: llegar cada vez más lejos y mejor, siempre en compañía o acompañando a otros.

Después vendrían más publicaciones, como la realizada con Muñoz-Orozco et al. (2025), en las que el trabajo compartido fue siempre su sello y los resultados, una muestra visible de su generosidad intelectual. Agradeceré siempre haber compartido con él la pasión por investigar, la alegría de poner en común las ideas y la convicción de que el conocimiento se construye mejor cuando circula entre colegas. Gustavo seguirá siendo, para mí, un hermano académico: alguien que me enseñó a disfrutar lo que hacíamos. Su sonrisa, su respaldo incondicional y los debates sostenidos incluso en el desacuerdo permanecen como una lección de respeto, afecto y aprendizaje mutuo.

Si la voz anterior muestra a Gustavo como colega y compañero de trabajo, la siguiente permite reconocer otra dimensión complementaria: la de quien fue formada por él y, con el tiempo, transformó ese aprendizaje en una trayectoria propia.



El testimonio de una estudiante y colega

Escribir sobre lo que aprendí de Gustavo y sobre las distintas etapas de la vida académica que compartí con él constituye un desafío íntimo y profundo. Después de las voces de quien lo formó y de quien caminó a su lado como compañera de estudios y colega, hablo desde otro lugar: el de una estudiante que encontró en él a su principal formador en la matemática educativa y, con el tiempo, a un colega y amigo. No hablo solo de un profesor de asignatura, sino de una presencia decisiva en mi formación intelectual y humana.

Nos conocimos cuando yo era estudiante de licenciatura. El doctor Martínez era entonces un joven investigador en el Cimate Guerrero y, bajo su orientación, realicé mi primera participación en la Escuela de Invierno de Matemática Educativa, en 2003. Allí descubrí un universo de temas y de personas unidas por un interés común. Recuerdo mi temor a exponer ante un público amplio y la lección inmediata que me regaló: «*todos tenemos miedo*». Desde entonces, comencé a profundizar en la disciplina de su mano.

Nuestro primer proyecto exploró el proceso de convención matemática en la división por cero con estudiantes de secundaria, etapa en la que trabajé a su lado como becaria de investigación. Durante esos años, Gustavo insistía en la importancia de dedicarse a aquello que verdaderamente nos apasiona. También me transmitió una visión profundamente humana de nuestra labor y del valor de la comunidad.

Gracias a su impulso asistí a mis primeras reuniones de la *Relme* y del *Comie* —eventos que entonces me parecían inalcanzables— y recorrí varias ciudades del país. En esos viajes, las conversaciones iban de la historia al cine, de la música a los proyectos futuros; siempre surgían nuevas ideas por desarrollar. El cobijo de su familia y la cercanía que él cultivó con la mía dieron a esa etapa un sentido cálido de confianza y pertenencia.

Tiempo después, me aconsejó cursar la maestría en el Cinvestav, su casa académica. Durante ese periodo, Gustavo se incorporó al CICATA-IPN. Por una afortunada coincidencia, nos reencontramos en un seminario sobre representaciones sociales en la UNAM; hoy comprendo que no fue azar, sino la convergencia natural de nuestros intereses y el inicio de una nueva etapa de colaboración.

Esa etapa estuvo marcada por lecturas de sociología —Bourdieu, Moscovici, Berger y Luckmann— y por la búsqueda de explicaciones sociales de la realidad educativa. Retomamos entonces la colaboración desde otro lugar: Gustavo fue mucho más que un sinodal; fue tutor, guía, amigo y cómplice académico. En las asesorías aprendí que es válido investigar aquello que nos interpela directamente y que nos ofrece claves para comprender el mundo en el que vivimos.



Ese aprendizaje pronto se tradujo en escritura compartida. De ese periodo nació nuestra primera publicación conjunta, Martínez-Sierra y Arellano-García (2011), en la que analizamos las representaciones sociales sobre el aprendizaje de las matemáticas en estudiantes de una vocacional de la ciudad.

Una tercera etapa de trabajo intenso comenzó en 2014, cuando me propuso un proyecto sobre las emociones de los estudiantes en la clase de matemáticas. En aquel momento, se trataba de un tema pionero en México. Gustavo vivía entonces una de sus etapas más audaces: hablaba con vehemencia de nuestra responsabilidad de publicar en otros idiomas, divulgar hallazgos, debatir con la comunidad internacional y aprovechar las posibilidades de la conectividad global.

Con ese impulso, iniciamos el proyecto doctoral, que se convirtió en una de las etapas más productivas y enriquecedoras de mi vida. Al enfrentar esos miedos que, como él decía, «todos tenemos», formalizamos nuestro grupo de investigación sobre el dominio afectivo en matemática educativa. Aplicamos el concepto de *comunidades de práctica*: estudiantes de doctorado guiaban a los de maestría, y estos, a su vez, acompañaban a los de licenciatura (Martínez-Sierra et al., 2020a). Esa organización no solo hizo más efectivo el trabajo académico; también encarnó una de las enseñanzas centrales de Gustavo: investigar consistía en acompañar, formar y construir con otros.

De esa etapa surgieron publicaciones sobre experiencias emocionales y las situaciones que las desencadenan en la enseñanza de las matemáticas (Arellano-García y Martínez-Sierra, 2017; Arellano-García, Dolores-Flores et al., 2018; Arellano-García, Hernández-Moreno et al., 2018; Arellano-García, Martínez-Sierra y Hernández-Moreno, 2018; Martínez-Sierra et al., 2019; Arellano-García et al., 2019; Martínez-Sierra et al., 2022), así como trabajos sobre creencias implícitas (Hernández-Moreno et al., 2020) y cambio de actitudes en la invención de problemas (Martínez-Sierra et al., 2020b). Más allá de los productos académicos, ese periodo consolidó una forma de investigar basada en el diálogo, la cooperación y la confianza.

Desarrollamos múltiples proyectos nacidos de reuniones apasionadas, en las que discutíamos con intensidad hasta terminar, invariablemente, con una frase conciliadora: «bueno, vamos a comer». Muchos de esos proyectos no concluyeron en publicaciones, pero todos nos enseñaron algo sobre cómo hacerlo mejor en la siguiente ocasión.

Académicamente, aprendí de Gustavo no solo una metodología de investigación, sino una manera de vivirla. Se caracterizaba por una intensidad apasionada por saber y explicar: a veces rompía esquemas, a veces remaba contra corriente, pero siempre compartía. Su rigor



no imponía distancia; al contrario, abría espacios para pensar, disentir y crecer. De él heredé una visión humanista, incluyente y honesta de la matemática educativa.

También aprendí de él que el tiempo es uno de los recursos más valiosos que poseemos y que, precisamente por eso, hay que habitarlo con plenitud. Con Gustavo aprendí de cocina, jazz, cine y conversaciones interminables; aprendí a valorar y comprender a las personas, a pulir un párrafo y a reconocer que el disfrute también forma parte sustancial del acto de vivir. No fue solo un profesor: fue un amigo, un guía y una presencia decisiva en mi vocación.

En cierta ocasión, Gustavo me explicó —con una escultura tallada en piedra entre las manos— que el ser humano busca dejar huella de su existencia. «*Por eso hacemos cosas bellas como esta*», dijo. Para él, grabar signos en la piedra era una forma de confiar algo al tiempo; una manera sencilla y profunda de afirmar: «*estuve aquí*». También los artículos, decía, son nuestra forma de dejar una huella en piedra.

Desde esa certeza, más que despedirlo, corresponde reconocer lo que Gustavo dejó en marcha. Están sus textos, sus preguntas y esa disposición para trabajar con otros. Está, sobre todo, una manera de formar desde la confianza y de sostener vínculos académicos duraderos. Lo que dejó no se agota en una obra académica: continúa dando forma a nuestra manera de pensar, de orientar y de estar juntos.

Gustavo permanece donde sembró: en las preguntas que siguen abriéndose, en las comunidades que ayudó a formar y en quienes aprendimos a hacer del conocimiento una forma de cuidado compartido.

Referencias

- Arellano-García, Y. y Martínez-Sierra, G. (2017). Experiencias emocionales de estudiantes universitarios: un estudio a través de informes diarios. El caso de Candice. En L. A. Martínez Serna (Ed.), *Acta Latinoamericana de Matemática Educativa* (Vol. 30, pp. 30–40).
- Arellano-García, Y., Dolores-Flores, C., Valle-Zequeida, M. y Martínez-Sierra, G. (2018). Experiencias emocionales de estudiantes universitarios: un estudio a través de informes diarios. En C. Dolores-Flores, G. Martínez-Sierra y M. S. García-González (Eds.), *Investigaciones en dominio afectivo en matemática educativa* (pp. 59–80). Ediciones EON.



- Arellano-García, Y., Hernández-Moreno, A., Nava-Guzmán, C. y Martínez-Sierra, G. (2018). Explorando las emociones diarias de profesores de matemáticas en el aula: un estudio de caso. En C. Dolores-Flores, G. Martínez-Sierra y M. S. García-González (Eds.), *Investigaciones en dominio afectivo en matemática educativa*. Ediciones EON.
- Arellano-García, Y., Martínez-Sierra, G. y Hernández-Moreno, A. (2018). Explorando emociones diarias experimentadas en el aula por profesores de matemáticas de nivel medio superior: un estudio de caso. *Números. Revista de Didáctica de las Matemáticas*, (97), 29–49.
- Arellano-García, Y., Hernández-Moreno, A. y Martínez-Sierra, G. (2019). Las condiciones que desencadenan emociones en profesores de matemáticas de secundaria durante su clase. *UNIÓN. Revista Iberoamericana de Educación Matemática*, 15(57), 57–78. <https://www.revistaunion.org/index.php/UNION/article/view/105>
- Ferrari-Escolá, M., Martínez-Sierra, G. y Méndez-Guevara, M. (2016). Multiply by adding: Development of logarithmic-exponential covariational reasoning in high school students. *The Journal of Mathematical Behavior*, 42, 92–108. <https://doi.org/10.1016/j.jmathb.2016.03.003>
- Hernández-Moreno, A., Arellano-García, Y. y Martínez-Sierra, G. (2020). Creencias matemáticas profesadas e implícitas de profesores universitarios de matemáticas. *Educación Matemática*, 32(2), 99–121. <https://doi.org/10.24844/EM3202.04>
- Martínez-Sierra, G. (2005). Los procesos de convención matemática como generadores de conocimiento. *Revista Latinoamericana de Investigación en Matemática Educativa*, 8(2), 195–218. <https://relime.org/index.php/relime/article/view/523>
- Martínez-Sierra, G. (Ed.). (2006). *Acta Latinoamericana de Matemática Educativa* (Vol. 19). Comité Latinoamericano de Matemática Educativa A. C.
- Martínez-Sierra, G. y Arellano-García, Y. (2011). Representaciones sociales que del aprendizaje de las matemáticas tienen estudiantes de nivel medio superior. *Sinéctica*, (36), 1–14. <https://sinectica.iteso.mx/index.php/SINECTICA/es/article/view/116/0>
- Martínez-Sierra, G., Arellano-García, Y., Hernández-Moreno, A. y Nava-Guzmán, C. (2019). Daily emotional experiences of a high school mathematics teacher in the classroom: A qualitative experience-sampling method. *International Journal of Science and Mathematics Education*, 17(3), 591–611. <https://doi.org/10.1007/s10763-018-9879-x>
- Martínez-Sierra, G., Arellano-García, Y. y Hernández-Moreno, A. (2020a). La experiencia de investigación y formación de investigadores desde la perspectiva de las comunidades de



práctica: el caso de un equipo de investigación en matemática educativa. En L. Sánchez y R. Hinojosa (Coords.), *Trazas de la investigación educativa en la experiencia de sus Quijotes: reflexiones y aportes* (pp. 85–102). Red de Investigadores Educativos Chihuahua A. C.

Martínez-Sierra, G., Arellano-García, Y. y Hernández-Moreno, A. (2020b). La invención de problemas para promover el cambio de actitud hacia las matemáticas: un estudio exploratorio con estudiantes de bachillerato. *Números. Revista de Didáctica de las Matemáticas*, (105), 103–117.

http://www.sinewton.org/numeros/numeros/105/Articulos_03.pdf

Martínez-Sierra, G., Arellano-García, Y. y Hernández-Moreno, A. (2022). Which situations trigger emotions of secondary school mathematics teachers? *International Journal of Science and Mathematics Education*, 20(3), 575–595. <https://doi.org/10.1007/s10763-021-10158-1>

Muñoz-Orozco, A., Martínez-Sierra, G. y Ferrari-Escolá, M. (2025). Comprensión del conjunto solución de inecuaciones lineales en dos variables para proponer una descomposición genética. *Avances de Investigación en Educación Matemática*, (27), 107–127. <https://doi.org/10.35763/aiem27.6017>

